

## LOS ALABADOS O UNA ANDADURA VITAL

JOSÉ MANUEL REGALADO<sup>1</sup>

Una atardecida en Salamanca –de la que él y yo tenemos pasión y memoria– conocí fugazmente, por medio de la mano amiga de M<sup>a</sup> Jesús Aragón, al Prof. William González que me ofreció su obra la cual prometí estudiar; no esperaba yo tamaña grandeza ni creí nunca que iba a enfrentarme con obra tan densa, tan rica, tan documentada y seria. Sin embargo no fue eso, como verá quien leyere, lo que más me cautivó.

El primer libro publicado (Madrid: Eypasa, 1994) se titula *Romancero religioso de tradición oral*. A lo largo y ancho de quinientas páginas, el Prof. González recoge los romances de tradición oral a lo divino que puedan existir en el mundo ordenados por los ciclos típicos –infancia, pasión y muerte de Cristo–, marianos, etc.

Aparecen allí compilados por los pueblos de España, en su situación y variantes, los viejos romances que hemos heredado de las abuelas. ¿Cómo olvidar “Camina la Virgen pura / de Egipto para Belén”? O la Virgen que se peina (“La Virgen se está peinando / debajo de una alameda”); debajo de una *alameda* en tierras de Castilla, debajo de una *arboleda* en los sotos de Aranjuez o, más cerca de las sierras, debajo de una *noguera* o hacia el mar, debajo de una *palmera*.

<sup>1</sup> Catedrático de Literatura, escritor, ensayista y poeta. Ha recibido varios galardones por su poesía y es autor de una variada gama de publicaciones. El presente trabajo constituye la “Presentación” de la obra *Alabados...* de William H. González ya citada.

[http://www.luciademedrano.es/pasion\\_libros/biografía%20regalado.pdf](http://www.luciademedrano.es/pasion_libros/biografía%20regalado.pdf)

Y ver en la pervivencia de la rima el fino oído del recopilador y la adaptación a los árboles que conoce.

Si os acercáis al romance recogido por William González en Dobres, en la Vega de Liébana o en otros lugares de Cantabria (53.5; 53.6, p. 368): “La Virgen se está peinando / debajo de una palmera...”, ¿cómo no recordar lo que muchos años después, frente al pelotón enigmático de la poesía culta, transforma el santanderino Gerardo Diego en el bello poema de *Versos divinos* (1970)?:

Si la palmera pudiera  
volverse tan niña, niña  
como cuando era una niña  
con cintura de pulsera.  
Para que el Niño la viera...

Releído este libro yo hubiera querido, desde luego, poder escribir las palabras de Menéndez Pidal:

Yo aprendí los romances en una tierra empapada de ellos, en la arcaizante Asturias... Yo después, para estudiar la esencia y la vida de la poesía tradicional, he buscado los restos antiguos del romancero en las bibliotecas principales de Europa, los he buscado con avidez en la tradición viva y los he oído cantar en multitud de pueblos, desde las brañas de los vaqueros asturianos hasta las cuevas del Monte Sacro, a la vista de la romancesca Granada, lo oí en las orillas del Plata y al pie de la gigantesca mole de los Andes.

Copio cita tan larga porque el Prof. William González se la merece y sé que ha trabajado muy cerca, en lo más hondo, de la escuela del maestro, acompañado por Diego Catalán.

Pero otro es hoy el corazón que nos ocupa. En su deambular por las huellas de Nuevo México, entre los desiertos y las montañas, el profesor busca unas huellas eternas, las huellas de la palabra y de la sombra y ahora le da vida en una colección de “alabados”, de canciones populares de tradición oral recogidas en la frontera de una lengua y unos hombres, no en la ficticia frontera matemática de los países que anexionan y borran con su cola, o pretenden, el rastro, la huella.

Una justificación de su popularidad, de su mensaje oral es, curiosamente, el testimonio escrito que el Profesor halla en cuadernos con pasta de hule, en hojas aprovechadas de facturas, con diversas letras o con unidad gráfica que sólo demuestran que en ellos hay un

amor; sobados estarán por el sudor y, quizá, por las lágrimas de sus mismos familiares o de otros hombres y mujeres de Colorado, Utah y Nuevo México.

Cuadernos del abuelo o del padre que tienen aún en la primera hoja el entrañable alegato: “Si este libro se perdiere, como suele suceder...” o la piadosa súplica:

No se le olvide resar  
un sudario por la vida  
y salud de Frank Archuleta.

Los “alabados” –palabra no tan difícil para los que de niños nos aprendimos el “Bendito”, llamado así porque empezaba obviamente “Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar”–, son cantos casi siempre de cuartetas asonantadas –no tengo ahora tiempo ni es el lugar de analizar su poética, muy culta a veces– que se estructuran y ordenan temáticamente en este libro que el lector tiene en las manos, según los ciclos litúrgicos: la Fe, la Infancia de Cristo, la Pasión y la Eucaristía. En libro menos elaborado esto hubiera sido fundamental para el estudio, pero el del Prof. William González es un modelo de orden y concierto, de presentación temática y, si renuncia a utilizar sobre los textos la amplia bibliografía que conoce, es porque los textos mismos hablan de sí.

¿Qué pretende? Yo creo que la razón primera es el rescate y el acopio. Bajo ella subyacen muy nobles empeños, a saber:

1. La pervivencia de una Lengua y de un hombre con ella.
2. La reconocida herencia de lo religioso en los países sometidos a otras culturas y otras lenguas.
3. Demostrar que la palabra es la verdadera patria del hombre, más allá y más acá de todas las fronteras y de todos los tratados políticos.

Y esto fue lo que me cautivó.

Rinde el Prof. González con este libro un doble homenaje, al allá y al acá de nuestras vidas hermanas. Y esto es impagable. Sus saberes y sus búsquedas, tan amplias y, a veces, tan dolorosas; su bibliografía, tan completa y sistemática, tan actualizada y moderna, es lo de menos frente a la andadura humana del más allá.

Desde acá, muy agradecidos.